

BUENA VIBRA

Siempre me he sentido una incomprendida, incluso para la gente a la que le gusta la música. Porque a mí, no me gusta la música.

A mí, me apasiona la música.

Siempre me ha parecido que es el lenguaje universal de la humanidad y que llega a sitios donde no llega la palabra. Es el esperanto de los sentimientos universales, aquellos que son imposibles de verbalizar.

La música es la metáfora perfecta de lo que ocurre el día de San Marcial. Se pueden decir muchas cosas pero no se puede verbalizar. A mí es lo que me lleva ocurriendo toda la vida, que las palabras se me quedan dentro. Pero la música lo puede todo, sobre todo el Joló, que es música en movimiento, un mar de sentimientos que desborda Irún por todos lados. Un océano de pertenencia a las distintas compañías que equivaldría a los ríos, que vienen a parar al mar del alarde.

Y de ahí, como en el caso del ciclo del agua, al cielo.

La gente no puede entender del todo que mi pasión por la música me lleve a acompañar a la banda por todos los recovecos de la ciudad. Porque cuando ando y acompaño, verdaderamente lo que hago es bucear en mí misma. Una inmersión en pleno asfaltado. Sigo a la banda y lo disfruto en los rostros de la gente, en sus sonrisas y en sus bailes y contoneos.

Y curiosamente, siempre que digo “lo siento”, es una forma de alegrarme y celebrar la vida. Porque aunque toco varios instrumentos, no soy capaz de tocar ninguna pieza. Como me dicen en casa, “menuda pieza eres tú!”.

Tocar y vibrar para mí son solo una cosa. Congelar el tiempo en los corazones de la gente para que el momento perdure. La alegría compartida, es lo más inclusivo que conozco.

En el transcurso de la tradición de generación tras generación, han hecho del Joló que hace treinta años fuera “un arranque de fiesta alegre y emotivo” y que

hoy en día, para las adolescentes como yo sea una “buena vibra, bro”. Padres e hijos expresan lo mismo pero cada uno con el lenguaje de su tiempo.

De momento, cuento los días y las horas que me quedan para acercarme a los músicos y poder unirme a ellos en el paseílo. Porque sabedores de mi pasión por la música, me dejarán que toque, aunque sea un poquito, sus instrumentos.

Aunque insisto, no tenga ni idea de cómo componer una partitura y no sé distinguir un re menor de un fa mayor.

Porque cuando arranque el día, podré volver a sentir y escuchar la música dentro de mí.

Porque los sordomudos como yo necesitamos la empatía del pueblo y en mi caso que voy tocando cada instrumento con las manos para sentir las notas, una “buena vibra”.

DAMA